NOVENA

AL GLORIOSO PATRIARCA SAN BRUNO

Fundador de la Orden de la Cartuja,

POR

UN DEVOTO DEL SANTO.

BURGOS.
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE POLO.
Objetos de Escritorio.
1901

DG
COM

NOVENA

AL GLORIOSO PATRIARCA SAN BRUNO

Fundador de la Orden de la Cartuja,

e/
534

POR

UN DEVOTO DEL SANTO.

BURGOS.
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE POLO.
Objetos de Escritorio.
1901

T. 1135255
C.

SAN BRUNO.

SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO DEL ARZOBISPADO DE BURGOS.

S. E. I. el Arzobispo, mi Señor, ha tenido á bien decretar lo siguiente:

Por cuanto, habiendo sido examinada de Nuestra órden la «Novena al Glorioso Patriarca San Bruno, Fundador de la Órden de la Cartuja», escrita por una persona piadosa, que Nos ha presentado y desea publicar á sus expensas, no se ha encontrado en ella cosa alguna que se oponga á la fe católica ó á las buenas costumbres, antes bien conceptuándola como un verdadero modelo de esta clase de piadosos ejercicios, muy útil para excitar la piedad y promover la santificacion de las almas, y siendo de esperar por tanto que su lectura y la consideracion de las verdades que en la misma se proponen habrán de producir saludables frutos en las almas de los fieles, venimos en aprobarla y la aprobamos, concediendo la licencia que se solicita para imprimirla y publicarla, y 80 dias de indulgencia por cada uno de los dias que con devocion se hiciere dicha novena.

Lo que participo á V. para su conocimiento y efectos consiguientes.

Dios guarde á V. muchos años.—Burgos 27 de Diciembre de 1900.—Lic. Manuel Rivas.

BREVE NOTICIA DE LA VIDA DE S. BRUNO.

San Bruno, restaurador de la vida solitaria en el Occidente, gloria de su siglo, admiracion del mundo cristiano y fundador de una de las mas antiguas, ilustres y santas religiones de la Iglesia de Dios, nació en Colonia por los años de 1035, de una noble familia descendiente de patricios romanos. Cristianamente educado, aprendió las primeras letras en su ciudad natal, pasando muy jóven aun á proseguir sus estudios en las escuelas de Reims, famosas á la sazon, señalándose por su aplicacion y preclaro talento, visitando mas tarde las no menos célebres escuelas de París. Vuelto á su patria Colonia, recibió la dignidad sacerdotal y fué nombrado Canónigo de la Colegiata de San Cuniberto de la misma Ciudad, en la que residió hasta que fué llamado por el Arzobispo de Reims, que le hizo profesor y maestro de los estudios de aquella metrópoli, donde dió muestras de sus profundos conocimientos y alcanzó poco tiempo después el alto cargo de Canciller.

Estando ya Bruno en Reims, entró á ocupar la silla Arzobispal, Manasés, hombre de carácter ambicioso, el cual abusando de su autoridad comenzó á despojar á la Iglesia y á los monasterios de sus

bienes en provecho propio, no respetando ni aun los ornamentos ni vasos sagrados. Además cayó abiertamente en la simonía. Bruno salió á la defensa de los derechos de la Iglesia y se atrajo el odio de aquel indigno prelado, teniendo que sufrir en consecuencia violentas persecuciones, que le obligaron á abandonar la ciudad con otros Canónigos tambien perseguidos por el Arzobispo. Bruno y sus compañeros fueron despojados de sus bienes y privados de sus rentas, y ante tales desafueros tuvieron que acudir á la Santa Sede delatando los extravios de Manasés. Bruno fué el nombrado para presentar las quejas al Papa. Manasés prometió corregir su conducta; y el Pontífice, usando de benignidad, le mantuvo en su silla, esperando de sus promesas la enmienda. Ni aun entonces quiso reconciliarse con San Bruno, que viose precisado á retirarse á su pais natal á esperar el triunfo de la justicia; ya qne Manasés, faltando á las promesas hechas al Soberano Pontífice, no solo mantuvo el odio implacable contra el antiguo Canciller de Reims, sinó que, obstinado en su escandaloso proceder, continuó atropellando las cosas y personas de aquella Ciudad y Diócesis, hasta que fué depuesto por el Legado del Papa después de examinar sus hechos en un Concilio reunido al efecto en Lion. La sentencia dada por el Legado fué confirmada por el Pontífice. Manasés desobedeció al Legado y al Concilio;

pero el pueblo, cansado de sus abusos, se amotinó, arrojándolo de la Ciudad.

Bruno se ocupaba entretanto en sembrar la divina palabra en la comarca de Colonia; y cuando supo la deposicion y fuga de su tenaz perseguidor, volvió á Reims á continuar sus ministerios. El clero y el pueblo de esta ciudad, de acuerdo con el Legado del Papa, quisieron elevarlo á la dignidad arzobispal; pero Bruno, que ya entonces tenía tomada la resolucion de consagrarse á Dios en un Monasterio, huyó para no verse obligado á aceptar.

Una piadosa y fundada tradicion hace partir la vocacion de San Bruno al estado religioso del siguiente suceso: Había en París un famoso doctor llamado Raimundo, conocido de nuestro Santo, y muy estimado por su saber. Inesperada enfermedad puso fin á sus dias. Celebráronse sus funerales con gran concurso de gentes; Bruno se halló tambien presente. Al llegar á cierto pasage del oficio de difuntos, una voz lúgubre cortó las palabras del sacerdote; salía del cadáver de Raimundo y decía: *por justo juicio de Dios he sido acusado*. Espantados quedaron los circunstantes y resolvieron aplazar la fúnebre ceremonia para el dia siguiente. Al llegar en el oficio al mismo pasage, volvió á gritar el cadáver con voz mas terrible: *por justo juicio de Dios he sido juzgado*. Suspendióse nuevamente el acto; y al celebrarlo de nuevo por tercera vez,

aterrorizada quedó la muchedumbre al oir de boca del difunto la tremenda sentencia de su eterna condenacion: *por justo juicio de Dios he sido condenado*. No se conocían graves pecados en la vida pública de aquel desdichado Doctor; sin duda la vanagloria y la presuncion le habian precipitado en los infiernos. Tal impresion causó en Bruno este hecho, que le decidió á abandonar el mundo y retirarse á un desierto. Comunicó el pensamiento á algunos amigos y compañeros que tambien lo habian presenciado, y se movieron á seguirle. Seis fueron estos: Landuino doctor Teólogo, Esteban de Bourg y Esteban de Die canónigos regulares de San Rufo, Hugo llamado el Capellan y dos piadosos laicos Andrés y Guerin.

Sea cual fuese el valor histórico del tremendo suceso del Doctor Raimundo, y las circunstancias que en él pudieron concurrir, la Orden de la Cartuja lo ha conservado siempre en sus tradiciones, á lo menos substancialmente. Es lo cierto que el temor á los inapelables juicios de Dios, los atropellos y abusos que había presenciado Bruno y el huir de las humanas grandezas le movieron á abandonar el mundo y á entregarse todo á Dios. Salió de Reims, y juntándose con sus compañeros después de haber repartido sus bienes entre los pobres, en la Abadía benedictina de Molesme hicieron sus primeros ensayos de la vida religiosa, bajo la direccion de

San Roberto. Pasaron luego á *Seché fontaine*, no lejos de aquella abadia, donde permanecieron algun tiempo haciendo vida retirada. Pero deseaban Bruno y los suyos un lugar mas desierto y apartado de la vista de los hombres, y lo hallaron por fin, por iniciativa de alguno de los seis, en las montañas del Delfinado, en la diócesis de Grenoble. Era obispo de esta Ciudad San Hugo, antíguo discípulo de la escuela de Reims, varon piadoso y amigo de Bruno. Este santo obispo tuvo cierta noche un misterioso sueño: vió siete estrellas que descendían sobre el desierto de la Cartuja en los confines de su diócesis, y unos ángeles que levantaban en medio de él un templo. No podía explicarse al pronto la significacion de aquellas estrellas y de aquel templo, pero halló la interpretacion cuando al dia siguiente vió postrarse á sus pies á Bruno y á sus seis compañeros, que venían á pedirle un lugar retirado donde darse de lleno á la oracion y á la penitencia. El lugar pues, estaba ya designado por el Cielo: eran aquellas montañas en medio de las que vió bajar Hugo las siete misteriosas estrellas. Dia de la Natividad de San Juan Bautista del año 1084 partieron para aquel desierto, guiados por el santo prelado, Bruno y sus discípulos. Instalados entre aquellos espesos bosques y quebradas peñas, levantaron unas celdillas de madera y una iglesia dedicada á Nuestra Señora. Allí hizo

brotar San Bruno por su oracion una fuente, que aun existe. Renació en los montes de la Cartuja con Bruno y los suyos la vida solitaria y santísima de los antiguos Padres de la Tebaida. La mas austera penitencia, la continua oracion, que compartian con el trabajo de manos, y la contemplacion elevadísima, fué la ocupacion de aquellos santos varones. Pero cuando mas embebecido estaba Bruno en el gozo de aquella su amada soledad, he aquí que un mensajero del Papa Urbano II se le presenta con cartas de aquel Pontífice llamándole á Roma. Bruno, obediente á la voz del Papa, tuvo que dejar el desierto y trasladarse á la capital del orbe católico. Desconsoladora fué la órden del Papa para los piadosos moradores de la Cartuja, que no podían avenirse á continuar en aquel retiro si marchaba su padre San Bruno; y como este no podía dejar de obedecer al Romano Pontífice, tuvo que abandonar el desierto para él tan amado tambien, y junto con él partieron para Roma acompañándole sus discípulos. Colmó el Papa Urbano II á Bruno de homenajes y de honores y quiso tenerle en su propio palacio. Bien conocía Urbano la mucha virtud y saber que atesoraba Bruno, y de él quiso servirse como prudente consejero para conjurar los peligros de que estaba rodeada la Iglesia de Jesucristo. Las luchas que habia de sostener el Papa con el Imperio, la intrusion de los príncipes seculares en los

negocios eclesiásticos, la general corrupcion de costumbres y otros gravísimos asuntos pesaban sobre el sucesor de San Pedro, quien buscó en Bruno su apoyo, sirviéndose ya de sus consejos, ya de su accion, ya de sus oraciones. Los compañeros de San Bruno pasaron á habitar las Termas de Diocleciano, pero el movimiento y ruido de la Ciudad les impedía el practicar debidamente aquella vida que en las montañas de la Cartuja llevaban; y por esto, aconsejados de San Bruno y autorizados por el Pontífice, se volvieron á su desierto presididos por Landuino. Bruno se quedó en Roma, segun la expresa voluntad del Papa. Bien echaban de menos todos ellos la presencia de su querido padre y maestro; y faltándoles el que era su sosten y apoyo, no hallándose con fuerzas para poder seguir tan rigurosa vida, se disponian ya á abandonar definitivamente las montañas del Delfinado, cuando, segun una piadosa tradicion, se les apareció el Apóstol S. Pedro exhortándoles á continuar en aquel lugar y en tan santa vida y aconsejándoles, como eficaz medio para conseguir la perseverancia, la devocion á la Santísima Virgen, cuyo Oficio deberían rezarle cada dia. Así lo hicieron, y luego experimentaron la proteccion de la Madre de Dios, hallándose con fuerzas para llevar á término su vocacion. Desde entonces no han dejado ya los monjes cartujos jamás la tierna devocion á María, cuyo Oficio siguen rezando todos los dias.

Entre tanto, Bruno continuaba trabajando en la Corte Romana, asistia á varios concilios de Italia en nombre del soberano Pontífice, desempeñaba delicadas comisiones cerca de los príncipes normandos establecidos en las costas meridionales de Italia, y era nombrado por Urbano II Arzobispo de Reggio en premio de sus buenos servicios. Honor que humildemente rechazó, logrando en cambio que el Papa le permitiese volver á su amada soledad, pero en la misma Italia. Retiróse pues San Bruno á un lugar desierto de la Calabria, siguièndole tambien algunos compañeros que le miraban como guia experimentado y seguro de la vida espiritual. Como en el Delfinado, fabricaron aquí en Calabria iglesia y celdillas, y comenzaron el mismo género de vida que allá habian practicado, dando origen al monasterio de *Santa María del Yermo* ó *de la Torre*.

Refiérese que San Bruno y sus discípulos habian levantado sus celdillas en las espesuras de un bosque que pertenecía al Conde Roger, el cual, como acertase un dia á pasar por allí cerca, yendo de caza, oyó ladrar á los perros con fuertes alaridos; internóse, y quedó sorprendido al encontrarse frente á San Bruno que estaba en oracion. Quedó prendado Roger de la conversacion del Santo Anacoreta, y de la extraordinaria vida que con sus discípulos hacía; y desde aquel momento le quedó tan aficionado, que

Bruno fué en lo sucesivo su mas fiel é íntimo amigo. Roger hizo donacion á los piadosos solitarios de aquellos terrenos de «La Torre».

Creció el número de los que venian á ponerse bajo la direccion de San Bruno, y hubo necesidad de levantar no lejos de allí otro monasterio bajo el título de *San Esteban del bosque,* el que regía el Santo Patriarca junto con el primero de *Santa María del Yermo,* secundado por su compañero el Beato Lanvino, varon de gran espíritu, como seguia rigiendo tambien moralmente el mismo Santo desde aqui á los monjes de la Cartuja por medio de sus cartas y sus consejos. Uno y otro monasterio de Calabria recibieron nuevas y pingües dotaciones del Conde Roger, quien de esta manera pagaba al Santo fundador de la Cartuja el gran favor de él recibido, al librarle de una muerte segura que traidoramente le tenian preparada unos soldados de su guardia cierta noche, estando en el sitio de Capua, y en que el Santo por extraordinaria vision le avisó el peligro que le amenazaba.

En Calabria continuó Brúno hasta su muerte que acaeció el 6 de Octubre de 1101, no sin haber hecho poco antes una enérgica profesion de fe, confesando todos los dogmas y misterios de la Santa Iglesia Católica, como expresa protesta contra las herejías de su tiempo. Su cuerpo fue colocado en magnífico sepulcro en la Iglesia de Santa María

del Yermo; y cerca de él brotó una milagrosa fuente, cuyas aguas tenian la virtud de curar á los enfermos que invocaban al Santo Fundador. Sus reliquias aun se veneran en la Cartuja de Calabria. El Papa Leon X, en 1514, autorizó *viva voce,* el culto público de San Bruno, y Gregorio XV en 1623 mándó poner su rezo en el breviario romano, extendiendo su culto á toda la Cristiandad.

Hace ochocientos años que murió San Bruno, y su espiritu vive aun en la Órden que él fundó. Arbol frondosísimo, plantado por la mano del ilustre anacoreta en el campo de la Iglesia, es la Cartuja, que desde sus principios hasta hoy ha dado abundantísimos y optimos frutos de santidad. Nunca ha degenerado tan santa religion de su primitiva observancia, y por una gracia singular conserva aun hoy al cabo de ocho siglos el fervor y la austeridad que le imprimió su Santo Fundador. Sea él desde la Gloria propicio intercesor para los que con fe le invocan.

Riberas del Arlanzon, año 1901,
8.° centenario de la muerte de San Bruno.

NOVENARIO

AL GLORIOSO PATRIARCA

SAN BRUNO.

DIA PRIMERO.

Hecha la señal de la cruz, se dice el Acto de contricion y se empieza por la siguiente

ORACION AL PADRE ETERNO

(para todos los dias).

Omnipotente y eterno Dios: Ante la augusta magestad, donde os contemplamos sentado en excelso solio, mirad á una vil criatura, ansiosa de conoceros y de conocerse, de reparar de una vez sus indignas infidelidades, y corresponder debidamente á vuestros dulces llamamien-

tos. Dios mio: haced que venga la calma á posarse en mi corazon agitado por los encontrados vientos de las pasiones, que tienden á sofocarle; haced que sosiegue este mar donde tan frecuentes son las borrascas, tan continuados los furiosos embates de sus olas, y tan inminentes sus peligros; dadle aquella venturosa paz por que suspira, y trocadle en un corazon amante que arda siempre en la llama del mas puro amor. No por nosotros, Señor, que no lo merecemos, sinó por la sangre de vuestro Hijo y por sus merecimientos, por los de su Madre la Santísima Virgen María, y por los del glorioso patriarca San Bruno. Así sea.

De la virtud de la Fe.

Consideracion. Es la Fe un rico é inmenso tesoro, una brillante y clara luz que nos descubre el camino del Cielo; ella es la raiz y el fundamento de todas

las demás virtudes, y no podemos adquirir ninguna de ellas si nos falta la Fe. Esta virtud es, segun un doctor de la Iglesia, la que «forma á los verdaderos cristianos, la que inspira desprecio á los halagos del mundo y de la carne y la que enciende afecto á lo áspero y laborioso. Nada hay, por duro que sea, que no abrace por Dios el que con fe viva cree en Él». «Los santos, dice el Apóstol San Pablo, por la Fe conquistaron reinos, obraron toda justicia, y alcanzaron el cumplimiento de las divinas promesas». Iluminado por la clarísima antorcha de la Fe cruzó este mundo San Bruno. Jóven aún, ilustra su inteligencia con el estudio de las divinas Escrituras, acrecentando su fe á medida que crecia en ciencia, y sus palabras y sus obras reflejan la fe viva que su alma atesora. En las escuelas de Reims la comunica junto con su doctrina á sus discípulos; desde la cátedra sagrada la propaga entre el pueblo con gran celo y ardor; la fe le impulsa á rehusar los ho-

nores, á abandonar el mundo y obediente á la vocacion de Dios, á huir al desierto para entregarse á la mas áspera penitencia, mereciendo cual otro Abraham en premio á su fidelidad ser padre de una numerosa familia religiosa. Como la Fe no sabe que cosa es falsedad y aborrece la mentira y el error, de aquí que el Santo se esforzara en detestar todo cuanto pudiese empañar su fe en todos los dias de su vida; y puesto ya al extremo de ella en el lecho de la muerte, pronunció aquella hermosa protesta, declarando expresa y públicamente creer en todos los misterios de la Santa Religion católica y muy especialmente en los de la augustísima Trinidad y sacratísima Eucaristia, contra las depravadas doctrinas de algunos hereges que en su tiempo vivieron.

AFECTOS Y RESOLUCIONES. Imitemos á Bruno en la fe. No empañe nuestras creencias el hálito corrompido de la impiedad é indiferencia que en medio de la actual sociedad se respira. Empero, no

basta esto; sea nuestra fe viva como fué la de Bruno; manifestemos nuestra fe á la faz del mundo, y no nos acobarden los respetos humanos. Jesucristo lo ha dicho: al que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre que está en los Cielos.

Oh mi buen Jesús: Confirmadnos de dia en dia en tan necesaria virtud. Yo prometo ser fiel á vuestra gracia, que ciertamente Vos no me negareis; y pues ya que Vos sois, Jesús mio, verdad, camino y vida, iluminad mi inteligencia, guiad mis pasos, vivificadme con vuestra gracia, para que mi fe sea fe viva y no muerta. Oh Jesús mio: dejad que os diga con toda la vehemencia de mi alma: Señor, tengo fe; dadme mas fe. Amen.

Ahora se pedirá la gracia especial que se desee conseguir por esta Novena.

Se rezará tres veces el *Padre nuestro, Ave-María* y *Gloria Patri;* y terminados, se continuará con la siguiente

ORACION Á SAN BRUNO

(para todos los dias).

Glorioso San Bruno, lumbrera de la Iglesia por vuestra doctrina, y modelo de los solitarios por vuestro retiro: desde el Cielo donde morais miradme como uno de vuestros mas entusiastas devotos. En la meditacion contínua de las heróicas virtudes que tanto os enaltecen aprenderé el camino que debe conducirme á la feliz eternidad. Iluminadme, moved mi corazon, guiadme, y haced que sin desviar un paso del recto sendero que vos con vuestros ejemplos me trazais, alcance el dichoso fin para que Dios me ha criado. Oh santo glorioso: rogad por mi á fin de que imitándoos y siguiendo vuestras huellas por el camino estrecho pueda tener parte en la recompensa con que Dios ha coronado vuestros trabajos. Así sea.

Se terminará el ejercicio del dia con la Letanía del Santo, ó con los Gozos, que se pone al fin de esta Novena.

DIA SEGUNDO.

Hecha la señal de la cruz, se dice el acto de contricion y luego la oracion al Padre Eterno, como en el dia primero (página 9); y terminada esta, se continúa el ejercicio propio del dia con la siguiente.

De la virtud de la Esperanza.

CONSIDERACION. Tan pobre y desnudo quedó el hombre después del pecado, que no tiene otro recurso sinó levantar los ojos á Dios y esperar remedio de Él para todos sus males, los cuales no pueden ser curados sinó por Él. De aquí el que la esperanza sea una virtud muy necesaria al hombre. El tentado y afligido espera en Dios remedio para sus tentaciones y aflicciones; el que pide, espera ser atendido en su peticion; el pecador arrepentido espera el perdon de sus pe-

cados, y el justo el premio de la bienaventuranza eterna. Hermosa virtud es la virtud de la esperanza. El delicado perfume que ella exhala, llena el vacío del corazon humano, da fuerza y vigor al espíritu débil, y hace intrépido y valeroso al hombre á la vez que le da aliento en la tribulacion; y como tiene su fin en Dios, hace mirar como mezquinos los consuelos de la tierra y conculca, despreciándolos, los honores y riquezas del mundo. En muy elevado grado poseyó San Bruno la virtud de la esperanza. Puesta su mirada en el Cielo, esperó en medio de las aflicciones con que fué probado, y en dias mas prósperos rehusó los honores y dignidades que se le ofrecieron; porque como tenia el corazon todo puesto en Dios, en Él solo esperaba: Él era su único remedio en la adversidad; Él, el premio único de sus trabajos. Siendo canónigo de Reims, salió á la defensa de los intereses de la Iglesia en contra de los usurpadores de sus bienes y derechos: tuvo

Bruno que arrostrar las iras de los enemigos, sufriendo persecuciones, destierros y quebrantos en sus bienes temporales. Lejos de entristecerse por estas contrariedades, se consideró muy honrado con padecer por la gloria de Dios y de su Iglesia; y puesta su confianza en el Señor, esperó el triunfo de la justicia; y la justicia triunfó, y con ella triunfó Bruno de sus adversarios. En premio de su celo quisieron el clero y el pueblo de Reims elevarle á la silla arzobispal; y vuelve aquí á resplandecer otra vez la esperanza de nuestro Santo, negándose á admitir tan gran dignidad, pues no espera el premio de sus trabajos sinó en la otra vida: hecho que repitió años después al renunciar la mitra arzobispal de Reggio, que el Papa le ofrecia. Quien tenia puesto su corazon en Dios en poco tenia los honores y recompensas de la tierra. Y, ¿de dónde, sinó de la esperanza en la eterna recompensa que tiene Dios prometida á los que lo dejan todo por El, sacó el santo fundador de la

Cartuja la fuerza de voluntad para emprender y seguir aquella áspera vida de rigurosa penitencia que siguió en la soledad del desierto?

AFECTOS Y RESOLUCIONES. Ejercitémonos en actos de esperanza, como medio necesario para llenar las aspiraciones del corazon. No desconfiemos jamás, en medio de nuestras necesidades espirituales ó temporales, de la misericordia del Señor; y, sobre todo, esperemos de Él la bienaventuranza eterna y los medios para alcanzarla, esto es, la gracia de vivir y morir santamente, de vencer las tentaciones y de obtener el perdon de nuestros pecados. Sea Dios ahora y siempre el término de nuestra esperanza, imitando á San Bruno, que con sus ejemplos nos alienta.

Jesus mio: Vos y solo Vos podeis llenar las aspiraciones de nuestro pobre corazon. En las angustias y en las tribulaciones á Vos, Señor, volveré mis ojos, por que Vos sois mi esperanza: haced

resonar en mi interior el eco de aquellas consoladoras palabras que brotaron de vuestros divinos labios en el sermon de la montaña: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.... Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, y los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos. ¡Oh, cuán suaves son estas palabras! para mi son mas dulces que la miel y los panales. Si las tentaciones ó la desolacion afligen mi alma, no desfalleceré, por que Vos, oh Dios mio, me señalais la cruz como mi única esperanza. No permitais, Jesus mio, que alguna vez desconfie, ni busque fuera de Vos el remedio de mis males. Alentado por la esperanza, emprenderé el camino de la virtud, por áspero que se presente á mi vista; sed mi guia así en lo próspero como en lo adverso, para que al llegar al término de mi peregrinacion vea cumplidas mis esperanzas al unirme con Vos en la gloria que teneis prometida á los que os siguen.

In te, Domine, speravi: non confundar in æternum. Amen.

Ahora se pedirá la gracia especial que se desee conseguir por esta Novena.

Tres veces *Padre nuestro*, *Ave-María* y *Gloria Patri*; y terminados, seguirá la oracion á San Bruno que está en la página 14.

DIA TERCERO.

Hecha la señal de la cruz, se dice el acto de contricion y luego la oracion al Padre Eterno, como en el dia primero (página 9); y terminada esta, se continúa el ejercicio con la siguiente.

Del Santo Amor de Dios.

CONSIDERACION. Preguntado nuestro Señor Jesucristo cual era el mayor de los mandamientos, contestó «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus potencias: este es el mayor y el primero de los mandamientos». He aquí el inestimable valor que para el cristiano tiene la caridad; que no solo es una virtud, sinó tambien un precepto, el principal entre los preceptos, y aun puede decirse que es el único precepto. Porque, segun la frase del mismo Jesucristo, en el amor á Dios y en el amor al prógimo están compendiados la Ley y

los Profetas. La ley de Cristo es ley de amor: por esto su yugo es suave y su carga ligera. Si no tuviere caridad, dice el apóstol San Pablo, nada soy. Ni la fe, ni la esperanza, ni el don de profecía, ni el martirio, ni el hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles, ni otra alguna virtud tiene precio ni mérito ante Dios si no va acompañada de la caridad, que es reina entre todas las virtudes. La esencia de la santidad es el amor de Dios: la santidad no es mas que la perfeccion cristiana, y la perfeccion cristiana consiste en amar á Dios. Mientras mas amor se tenga á Dios, mayor será la perfeccion y mayor será la santidad. Fué Bruno en este santo amor, encendido Serafin. ¡Oh, y como ardía en su corazon la llama del amor divino! Y como este amor al Creador hace incompatible todo amor á la criatura mientras no vaya este ordenado al último amor, que es el amor de Dios, de aquí aquel desasimiento que Bruno mostró á todo cuanto no le servía para

amar á Dios. Por esto se le ve abandonar sus riquezas, las cátedras, los honores, las amistades, sus mas caros afectos, para darse todo á Dios. Prendió en S. Bruno el fuego del divino amor, y quedó tan libre de los humanos amores, y tan puro y limpio su corazon de todo afecto terreno, que su pureza y sencillez de corazon es la nota especialísima que caracteriza á nuestro santo protector; sencillez y pureza en tan alto grado poseidos, que no mueren con él, sinó que las comunica aun después de sus dias á sus hijos los cartujos, y ellas son todavía, al cabo de ocho siglos, como el sello particular del espíritu interior de la órden cartujana. Así lo confirman las vidas de muchísimos de sus monjes. La vida de Bruno, es mas angélica que humana: vive en este mundo como si no viviese en él, porque su union con Dios por el amor es contínua; y rebosando su corazon aquella santa alegría de espíritu que Dios le comunica, con frecuencia se le oía repetir aquella tan

dulce y para él tan familiar jaculatoria: *Oh Bonitas!* Oh bondad de Dios!

AFECTOS Y RESOLUCIONES. Si comparamos nuestro amor con el amor que inflamaba á Bruno, cuán tibios y cuán flojos aparecemos! ¿por qué desde este mismo momento animado con el ejemplo de este tan gran santo, no aparto de mí todo afecto que no vaya encaminado á Dios? Yo no quiero, Señor, abrigar en mi alma ya mas amor, sinó vuestro amor; por esto yo quiero desde ahora arrancar de mí todo cuanto me sea obstáculo para llegarme á Vos. Trabajaré, Señor, con vuestro auxilio por vencer mi amor propio, tan contrario á vuestro amor; y persuadido como estoy de que el que ama, si es verdadero amador, no tiene ni quiere tener mas voluntad que la de su amado,–y esta es la señal del verdadero amor,–me esforzaré mas y mas en conformar mi voluntad con la vuestra y en cumplir, Dios mio, esta vuestra santa voluntad que está en guardar vuestros mandamientos y con

ellos las obligaciones y deberes de mi estado.

Amabilísimo Jesus: Dadme una centella del amor en que arde vuestro Sacratísimo Corazon, y ya nada mas necesitaré; pues quien tiene vuestro amor todo lo tiene; porque solo Vos, Señor mio, podeis satisfacer el vacío de mi corazon. Si atiendo á las criaturas, todas, Señor, me dicen que os ame; porque no ellas, sinó Vos, sois el fin para que me habeis criado. Vos mismo, Dios mio, me habeis impuesto como precepto vuestra ley de amor. !Oh y cuán suave es vuestro yugo y cuán ligera vuestra carga para el que os ama de todo corazon! Sí, Jesus mio, venga á mi vuestro amor, y lleno yo de él exclamaré con el Apóstol: ya no vivo yo, sinó es Cristo quien vive en mí. Amen.

Ahora se pedirá la gracia especial que se desee conseguir por esta Novena.

Tres veces *Padre nuestro*, *Ave-María* y *Gloria Patri;* y terminados, seguirá la oracion á San Bruno que está en la página 14.

DIA CUARTO.

Hecha la señal de la cruz, se dice el acto de contricion, y luego la oracion al Padre Eterno como el dia primero (página 9); y terminada esta, se continúa el ejercicio con la siguiente.

De la caridad para con el pròjimo.

CONSIDERACION. El amor de Dios y el amor del prójimo están tan intimamente relacionados entre sí, que son dos ramas nacidas de un mismo tronco, dos rios que salen de un mismo manantial. Dios, que se ama á sí mismo con un amor infinito, ama al hombre con ese mismo amor, y por él el Verbo divino no solo se hizo hombre, sinó que quiso ser tenido por el último de los hombres, hasta morir muerte afrentosa de cruz. He aquí que el mismo Jesucristo quiere que sus verdaderos discípulos le imiten, y pone como señal que les ha de distinguir, este amor. «En esto conocerán los hombres

–dijo á los Apóstoles– que sois mis discípulos: si os amais unos á otros». Tan solo en imitar á Jesucristo tendría el hombre motivos mas que suficientes para amar á su prójimo, si el mismo Jesucristo no le hubiera impuesto este amor como precepto. «Un mandamiento nuevo os doy, les decía á los mismos Apóstoles, que os ameis unos á otros como yo os he amado». Necesaria es, pues, al cristiano la virtud de la caridad para con su prójimo, para llegar á la cumbre de la perfeccion, como le es de absoluta necesidad el amor de Dios. Y como uno y otro amor van juntos y San Bruno tuvo el amor de Dios en tan alto grado, de aquí que en el mismo grado poseyó y ejercitó el amor para con sus semejantes. La caridad es, segun dice el Apóstol S. Pablo, paciente, es benigna, no es envidiosa, no obra precipitadamente, ni se ensoberbece; no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se alegra del mal de los demás, antes

bien se complace del bien de los otros; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera todo lo soporta». Circunstancias todas ellas que se acomodan perfectamente á la práctica de la caridad segun la ejercitó contínuamente el Santo fundador de la Cartuja, ya sufriendo las injurias de sus enemigos, que eran los enemigos de la Iglesia; ya en su trato dulce y apacible con todos, no envidiando á nadie, obrando en todos sus actos con tino y prudencia, y nunca precipitadamente; jamás se ensoberbeció, por estar muy bien fundado en la humildad; no ambicionó ni buscó sus propios intereses, sinó el bien de los demás y la gloria de Dios. Y así como la vida de San Bruno es un ejemplo del amor de Dios no interrumpido, puede asegurarse que toda ella es un contínuo ejemplo del desprendimiento de sí mismo y de amor para con sus prójimos. La enseñanza en las escuelas y en la sagrada cátedra, el perdon de sus perseguidores, los prudentes consejos á sus amigos, el

amoroso y paternal cariño para con sus hijos espirituales y compañeros á la vez en el desierto, aquel celo que despliega en Roma y en el Concilio de Plasencia en Italia por la salud de las almas interesándose para conseguir esta por medio de la reforma de las costumbres, la milagrosa proteccion que presta al Conde Roger de Calabria su gran amigo salvándole la vida amenazada por pérfida traicion, sus penitencias asperísimas y su contínua oracion en las que se ofrece á Dios como víctima por la salvacion de los hombres ¿qué son todos y cada uno de estos y otros diferentes actos, imposibles de enumerar, sinó otros tantos actos de caridad para con el prójimo? Bruno, como fiel imitador de su maestro Jesús, pasó como el divino Salvador por esta vida haciendo bien á sus semejantes.

AFECTOS Y RESOLUCIONES. Mucho se aparta nuestro proceder de los ejemplos que de esta virtud nos ofrece la vida de San Bruno. ¡Cuanta negligencia por nues-

tra parte en el cumplimiento de los deberes que para con el prójimo nos impone la caridad! ¿Pongo yo todo el cuidado necesario para reprimir en mí toda accion ó palabra que pueda ofender á mi hermano? ¡Oh, cuántos pensamientos de desprecio, cuantos juicios temerarios! ¡cuántos movimientos de cólera, de envidia, de venganza! ¡cuántas palabras ofensivas! Aun en aquellos actos que practicamos en favor del prójimo, si bien los examinásemos, quizá hallaríamos mezcla de nuestro amor propio; quizá muchos de ellos los ejecutamos por propio interés ó por halagar nuestra vanidad. Muchos de estos defectos los evitaríamos si mirásemos en nuestros prójimos la imágen de Dios y viésemos en cada uno de ellos un alma redimida con la sangre de Jesucristo.

Misericordiosísimo Jesús, fuente inagotable de caridad: yo os pido vuestra gracia para poder apartar de mí todo cuanto me impida el amar á mi prójimo por Vos; pues si no fuese precepto vuestro, basta-

ríame imitaros en el amor sin límites que á los hombres teneis y con ellos á mi mismo; concededme los medios y las fuerzas que me faltan para darme de lleno á la práctica del bien en favor de mi prójimo y al ejercicio constante de las obras de misericordia, á fin de alcanzar la vuestra y con ella la bienaventuranza que á los que las practican teneis promentida. Amen.

Ahora se pedirá la gracia especial que se desee conseguir por esta Novena.

Tres veces *Padre nuestro*, *Ave-María* y *Gloria Patri;* y terminados, seguirá la oracion á San Bruno que está en la página 14.

DIA QUINTO.

Hecha la señal de la cruz, se dice el acto de contricion y luego la oracion al Padre Eterno, como en el dia primero (página 9); y terminada esta, se continua el ejercicio con la siguiente.

Del santo temor de Dios.

CONSIDERACION. «El temor de Dios es principio de Sabiduria», dice el Santo rey David; y en verdad, que no puede haber mas alta sabiduría, ni puede hallarse hombre mas sabio que el que busca y encuentra la seguridad de la salvacion de su alma, cuya seguridad se halla en el temor santo de Dios; de igual manera que la seguridad de los cuerpos está en el temor de los peligros. Por esto dice Salomon, en el libro de los Proverbios, que es bienaventurado el hombre que vive temeroso, porque este temor le hace solícito en huir las ocasiones. Santo temor que siempre fue el fiel compañero

de los grandes siervos de Dios. Del pacientísimo Job dice la Sagrada Escritura que era «varon sencillo y recto, y temeroso de Dios»; y los mismos sagrados libros refieren de Tobias el anciano, como en alabanza suya, «que enseñó á su hijo á ser temeroso de Dios». San Pablo en una de sus Epístolas aconseja esta santa virtud diciendo «Obrad vuestra salud con temor y con temblor». ¿Y qué de maravillar es que sea esta virtud tan apreciada por los justos y tan recomendada por el Espiritu Santo, si ella es practicada hasta por los mismos espiritus celestiales? Ante la inmensa magestad de Dios tiemblan las potestades y cúbrense con sus alas los mas encumbrados serafines. Este santo temor que en los ángeles reconoce como principio el respeto y adoracion que deben á Dios, tiene en los hombres, además de este motivo, aquel otro de la inseguridad é incertidumbre de la gracia y de la perseverancia en ella. Lo terrible de los juicios de Dios hacía extremecer

al doctor San Jerónimo, quien continuamente tenía en su memoria y le parecia oir resonar la trompeta del juicio final. El mismo temor á los juicios de Dios impulsó á San Bruno á buscar la mayor perfeccion, movido por aquel espantoso suceso de la condenacion eterna del doctor Raimundo, quien llenó de consternacion á los que como Bruno asistian á sus funerales, al oir de la boca del cadáver aquellas lúgubres y terribles palabras en tres distintas veces pronunciadas: He sido acusado por el justo juicio de Dios.—He sido juzgado por el justo juicio de Dios. —He sido condenado por el justo juicio de Dios.

AFECTOS Y RESOLUCIONES. Muévame, Señor mio, á mí tambien á buscar la mayor perfeccion la meditacion continua de las verdades eternas: la incertidumbre de la hora y el lugar de mi muerte; el rigor de vuestros inapelables juicios; lo terrible del fuego eterno del infierno... ¿Cómo me atreveré yo, miserable pecador, teniendo

ante mis ojos tan tremendas verdades, á seguir riendo y holgando, dejando trascurrir los dias en vanos pasatiempos? Hora es ya de que vuelto de todas veras á Vos, Señor, pueda decir con el profeta David: «porque temí á tus juicios, no me aparté de la guarda de tus mandamientos». Sea el fruto de este santo temor el arrepentimiento de la vida pasada, y en lo venidero el huir las ocasiones de pecar para alcanzar la perseverancia final. Yo así os lo pido, Dios mio, y seguro estoy que Vos no me negareis vuestra gracia.

Divino Jesús: traspasad con el santo temor mis carnes, y enviad desde lo alto la gracia del Espíritu Santo, para que derramando sobre mi alma tan preciado don, imite á los ángeles tributando con profunda humildad y respeto el honor y la gloria que á la grandeza de vuestra magestad se debe. Quede yo al mismo tiempo fortalecido con el don del santo temor de Dios, para que mirando yo mi pequeñez y miseria, desconfie de mí, y

desconfiando, huya mejor las ocasiones de ofenderos para mas acercarme á Vos que sois «fuerza y firme apoyo de los que os temen». Si, Jesús mio, haced que creciendo en mi este temor, crezca á la vez la confianza en Vos, para que apartándome de los lazos que me tiende el espíritu tentador, me arroje en vuestros brazos que abiertos para recibirme me mostrais desde la Cruz, y una vez ya en vuestros brazos, Jesús benignísimo, ¿á quién temeré? ¿qué es lo que me hará temblar? Amen.

Ahora se pedirá la gracia especial que se desee conseguir por esta Novena.

Tres veces *Padre nuestro*, *Ave-Maria y Gloria Patri;* y terminados, seguirá la oracion á San Bruno que está en la página 14.

DIA SEXTO.

Hecha la señal de la cruz, se dice el acto de contricion y luego la oracion al Padre Eterno como en el dia primero (página 9); y terminada esta, se continúa el ejercicio propio del dia con la siguiente.

De la mortificacion.

CONSIDERACION. Algunos santos han llamado á la mortificacion el amor de Jesús puesto en práctica. Cosa cierta es que el amor se alimenta de privaciones y sacrificios hechos en obsequio de la persona amada, y estas privaciones y sacrificios predisponen el corazon para amar mas y mejor y ofrecerse á nuevos sacrificios. Por esto dice nuestro Señor Jesucristo que el mejor de los amores es dar la vida por quien se ama. Satisfacer á la divina justicia por nuestras culpas y enflaquecer las malas inclinaciones de nuestra carne, debilitando y enflaqueciendo la misma carne, que es la raiz de la culpa,

es el oficio de la mortificacion. Tiende pues la mortificacion á sujetar las inclinaciones de la parte sensitiva del hombre que busca los deleites sensuales, dominándolas y refrenándolas, elevando el cuerpo á las regiones del espíritu; y dueño el hombre de los sentidos externos por la mortificacion, facilmente podrá entregarse á mortificar su interior, mortificacion mucho mas provechosa y eficaz que la de los sentidos exteriores, aunque sea esta tan necesaria como aquella. La mortificacion de la razon y de la voluntad, contradiciendo estas potencias y sujetándolas humildemente, ya á los sucesos contrarios que la divina Providencia envía, ya al parecer y á la voluntad de otro, por Dios, constituyen la negacion de sí mismo, condicion indispensable impuesta por el divino Salvador á los que quieran seguirle por los caminos de la perfeccion. «Si quieres ser perfecto, niégate á ti mismo, toma tu cruz y sígueme». La mortificacion dispone para la oracion; desem-

barazando el ánimo y aliviándolo del peso de los sentidos ayuda á la contemplacion de las cosas sobrenaturales, aumenta la intensidad del amor, pelea contra los enemigos de la ley de Dios y los vence, comunica al alma el gozo espiritual que hace despreciables los goces y deleites del mundo, llega á hacer al hombre semejante á los ángeles, busca el agradar á Dios y sujetarse á la divina voluntad; y cuando va junta con la oracion, nos acerca á la divinidad, obra maravillas, y es poderosa para aplacar la justicia divina y para alcanzar de Dios cuanto se quiera. Clamó la voz de Juan Bautista en el desierto, exhortando al pueblo é invitándole á preparar los caminos del Señor y á hacer rectas sus sendas, no por medio de otra virtud, sinó por medio de la penitencia: penitencia que él mismo practicó desde sus tiernos años en los desiertos de la Judea. Bruno, tomando por modelo al Santo precursor, huye como él al desierto y alli mora, creciendo en gracia y santidad

á los ojos del Señor. Su abstinencia fue rigurosa, el sueño breve y sobre dura cama, prolongadas sus vigilias, ásperos sus vestidos, el silencio contínuo, las disciplinas con que castigaba su carne frecuentes y sangrientas, y tuvo por vivienda una celdilla entre riscos y breñas, de espantosa soledad rodeada. Predicó Bruno con su vida la penitencia á los pueblos, y aun hoy sigue predicándola por medio de la austera Orden de que fue padre y fundador. Frutos de esta mortificacion fueron en nuestro Santo intercesor una castidad y pureza angélica, una paz y gozo interior incomprensibles para los mundanos, una prudencia mas que humana, y un gran poder para con Dios, milagroso en vida y en muerte.

AFECTOS Y RESOLUCIONES. Yo confieso, Señor mio, que hasta ahora he vivido muy poco mortificado; y en verdad que vuestros Santos no despreciaron ni la menor ocasion para ejercitar sus sentidos y su espíritu en actos de penitencia. Le bas-

taba á Bruno fijar su mirada en la imágen de Jesucristo crucificado para moverse á la práctica de esta virtud, ¿por qué no hemos de imitarle nosotros? Busquemos, no los regalos del mundo, sinó á Cristo, y á Cristo crucificado. Preparémonos á hallarle mediante actos de penitencia y mortificacion; y cuando le encontremos, no nos separemos de El. Sigámosle, negando nuestra propia voluntad. Queremos seguiros, Señor; pero á donde os seguiremos? Ah! ya oigo que llamais, á unos á la casita de Nazaret, para que os acompañen en la vida oculta, humilde y obediente; á otros á la soledad del desierto, para que os sigan en los rigurosos ayunos, y en las tentaciones. A estos al huerto de Getsemaní, para que prueben con Vos del amargo cáliz de la desolacion; y á otros para que os acompañen en las afrentas, oprobios é injusticias de que fuisteis víctima en la pasion, ó en vuestra agonía y muerte de la cruz. Señor, gustoso os seguiré á donde quiera que me

llameis; porque no quiero que se cumpla mi voluntand, sinó la vuestra; y á este fin encaminaré todas mis privaciones voluntarias y aceptaré todas las contrariedades que vuestra divina Providencia me envie, ya que no con alegría como debiera, al menos con resignacion y conformidad.

Divino Jesús, Cordero inmaculado sacrificado por mis pecados, á Vos acudo pidiendo me concedais la virtud de la mortificacion, para ofrecerme al Padre Eterno junto con Vos en expiacion de mis culpas. Concededme, Señor, tambien resolucion firme de castigar mis sentidos como medio de evitar el pecado y de negar mi propia voluntad, á fin de conformarme en un todo con la vuestra, aspirando á la perfeccion de la vida cristiana. Vos, Dios mio, desde la cruz me estais llamando á penitencia, y yo con el auxilio de vuestra gracia quieros seguiros y no parar hasta esconderme dentro de vuestras sacratísimas llagas, testimonio patente de vuestra voluntaria mortificacion

y trofeo glorioso de vuestra pasion sacratísima que aun ostentais y por eternidad de eternidades ostentareis entre los resplandores de vuestra gloria. Amen.

Ahora se pedirá la gracia especial que se desee conseguir por esta Novena.

Tres veces *Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri;* y terminados, seguirá la oracion á San Bruno que está en la página 14.

DIA SEPTIMO.

Hecha la señal de la cruz, se dice el acto de contricion y luego la Oracion al Padre Eterno como en el dia primero (página 9); y terminada esta, se continúa el ejercicio con la siguiente.

De la Oracion.

CONSIDERACION. La oracion es arma poderosa en manos del cristiano, de la que puede servirse con grandísimo provecho en la lucha que ha de sostener en esta vida contra sus formidables enemigos: mundo, demonio y carne. Sírvele en el combate de escudo que le pone á cubierto de los dardos del contrario, y como espada con la que le hiere y ahuyenta. Tan necesaria es la oracion al alma para perfeccionarse y para sostenerse en las alturas de la perfeccion alcanzada, como lo es el alimento al cuerpo para conservar su fuerza y vigor. Que «es menester siempre orar, y nunca desfa-

llecer», lo dice repetidas veces el Santo Evangelio. Sin desfallecer, pues, y con confianza debe continuamente orar el cristiano; porque la oracion hecha con las debidas disposiciones es seguro medio de alcanzar la gracia y eficacísima en sus resultados. Peleaba el ejército de Israel contra Amalec y oraba entre tanto Moisés en la cumbre de la montaña con los brazos levantados. Mientras Moisés tenia los brazos en alto, vencía Israel; si los bajaba, avanzaba en el combate Amalec. Cansado Moisés, hizo que le sostuviesen los brazos levantados, y Amalec fue por fin derrotado. Triunfó Israel por las oraciones de Moisés, como triunfa siempre de sus enemigos el alma que se acoge á la oracion. Cual otro Moisés, el Patriarca San Bruno oraba desde los montes de la Cartuja y desde los montes de la Calabria por la confusion y derrota de los enemigos de la Iglesia y de los enemigos de la salvacion de las almas. Su ocupacion constante puede decirse que era la oracion.

La meditacion de la santa ley de Dios era continua; con propiedad podia Bruno repetir con el Real Profeta: «porque amé tu ley, Señor, todo el dia es el objeto de mi meditacion». ¡Qué fervor el del piadoso anacoreta Bruno al recitar en medio de la espléndida naturaleza del desierto el oficio divino! ¡Cómo penetraban las sentencias de los sagrados libros en su corazon alejado de todo cuidado mundanal! ¡Cómo escucharía Dios las palabras y los afectos de aquella alma tan pura y fervorosa! Levantábase á media noche á cantar las divinas alabanzas, y el sol del nuevo dia le sorprendía en la oracion. ¡Oh y que espiritu el de nuestro amado Santo! ¡Cómo se revela su uncion en los escritos que dejó fruto de sus meditaciones y de su oracion! A él se atribuye, como devotísimo de la Madre de Dios, el prefacio que la Iglesia canta en las festividades de Nuestra Señora; él comentó los salmos de David, de los que hacía constante uso en sus plegarias, y las Epístolas de San

Pablo, que le servian como norma de su vida. Su ministerio principal al retirarse al desierto fue la oracion, y la oracion es la ocupacion casi no interrumpida de sus hijos los Cartujos, que imitando á los serafines y querubines que de continuo asisten ante el trono del Señor, se emplean en tan altísima ocupacion en torno del Sagrario noche y dia. ¡Oh glorioso San Bruno: ya que ahora estais ante el trono de Dios ejercitándoos en tan santísimo ministerio como en este mundo practicasteis, interceded por nosotros, rogad por los que os invocan!

AFECTOS Y RESOLUCIONES. Muy obligado estoy, Señor, á la oracion, ¡pero cuan olvidado ando de ella! Como el pobre y el mendigo acuden al rico, así tengo necesidad de acudir yo á Vos, Señor mio, porque son muchas las necesidades que afligen á mi espiritu y á mi cuerpo. Si la presencia de Dios fuese en mí continua como lo fue en los Santos y como lo es en los justos nunca cesaría yo de orar, y

las alabanzas del Señor siempre las tendría en mis labios. Vuestra santa ley y los beneficios recibidos debian ser el constante objeto de mi meditacion. Aun las pocas veces que invoco vuestro Santo Nombre, Dios mio, ¡cuánta es mi frialdad y mi tibieza! confieso que mi oracion se reduce las mas de las veces á pronunciar palabras vanas, y aun estas interrumpidas con muchas distracciones é imaginaciones inoportunas; ¿cómo quiero, pues, ser atendido? ¡Oh, si orase como se debe orar! Si mi plegaria estuviese hecha con humildad, enderezada á fin recto y con perseverancia, ciertamente, Señor, no me desatenderiais; porque palabras vuestras son: «pedid y recibireis; buscad y encontrareis; llamad y se os abrirá!»

Jesús mio: con grandísima confianza acudo á Vos pidiendo el espiritu de oracion; porque siendo sin número mis necesidades, para las que no puedo hallar remedio fuera de Vos, sucédeme muchas veces que puesto ante vuestra divina pre-

sencia no tengo palabras en mi boca que deciros á causa de la sequedad de mi corazon; caiga sobre mí vuestra gracia, como cae la lluvia benéfica sobre tierra árida y seca, y brotarán de mi interior santos afectos y deseos; y entonces de la abundancia del corazon hablará la boca palabras de confianza pidiendo vuestra ayuda, y palabras de reconocimiento en accion de gracias; y aun entonces suplid, Jesús mio, con vuestros méritos infinitos, lo que á mi pobre oracion falte, y de este modo será acepta al Padre Celestial, á quien con Vos y con el Espíritu Santo se debe y sea dada toda alabanza por toda la eternidad. Amen.

Ahora se pedirá la gracia especial que se desee conseguir por esta Novena.

Tres veces *Padre nuestro Ave-Maria y Gloria Patri;* y terminados, seguirá la oracion á San Bruno que está en la página 14.

DIA OCTAVO.

Hecha la señal de la cruz, se dice el acto de contricion y luego la oracion al Padre Eterno, como en el dia primero (página 9); y terminada esta, se continúa el ejercicio con la siguiente.

De la contemplacion.

CONSIDERACION. Hay algunas virtudes en los Santos que mas bien son para ser admiradas que para ser imitadas; una de estas es la contemplacion, en la que por permision divina alcanzaron algunos siervos de Dios grado tan alto, que no es posible llegar á él sin un especialísimo don del Cielo. Así el Apóstol San Juan, que arrobado en éxtasis vió tan misteriosos arcanos como dejó escritos en su Apocalípsis; así San Pablo, que arrebatado al tercer cielo, se le dieron á conocer de extraordinario modo «cuales cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman»: tales, «que ni ojo vió, ni oido

oyó, ni pasó á hombre por pensamiento». Seguian las turbas á Jesús, pero el número de sus Apóstoles era contado; y aun entre estos, solo tres, por El mismo escogidos, merecieron la dicha de acompañarle al Tabor y presenciar su gloriosa Transfiguracion. Privilegio es este, el de la contemplacion, que no suele Dios otorgar sinó á almas profundamente humildes; pues á los humildes les son reveladas muchas cosas que están escondidas á los prudentes y á los sabios del siglo. Concedida fue por Dios á San Bruno la gracia de tener muy elevada contemplacion; premio, sin duda, de su profunda humildad. Desprendido de sí mismo, sus talentos y su ciencia adquirida por un constante estudio los pone al servicio de Dios; nada quiere para su propio provecho temporal. Asi es que no proponiéndose otro fin en sus estudios desde su juventud, sinó el buscar á Dios, llegar á comprender, en cuanto en lo humano cabe, los abismos de su grandeza, de su

bondad, de su sabiduría, y de su misericordia, hizo grandes progresos en la ciencia divina; y como herman ó con esta la oracion, la penitencia, y una gran pureza de corazon, virtudes que asentó sobre un profundo abatimiento y humillacion de sí mismo, su espíritu ayudado de la gracia divina pudo remontarse cual águila á las sublimes regiones de lo sobrenatural, y alli dilatarse en suaves deliquios de amor. En esta continua comunicacion con el Cielo, Bruno, que mas parece espíritu celestial que ser humano, acumula méritos sobre méritos, y recibe de las manos de Dios nuevas riquezas, inmensos tesoros; y cuanto mas se le da á conocer la grandeza de Dios, mejor comprende la miserable pequeñez del hombre; y cada paso que da Bruno en la contemplacion, es otro paso que avanza en la humildad. ¡Dichoso y privilegiado Santo, á tan alto estado llamado aun en la vida, y que tan bien supo corresponder!

AFECTOS Y RESOLUCIONES. Admiremos

y alabemos á Dios, que quiere ser glorificado en sus Santos, y démosle gracias por darnos tan grandes intercesores como Bruno, que desde el Cielo ruegan por nosotros. Y entre tanto, como pobres pecadores que somos, y muy faltos de humildad, busquemos á Cristo, no en el Tabor, sinó en el establo de Belen, ó en la cumbre del Calvario, donde podemos contemplar y aprender á la vez la divina ciencia de la humildad, porque quiere el divino Maestro que aprendamos de El, no á hacer milagros, no cosas elevadas, que El las concede solo á aquellos á quienes le place por sus altos é inescrutables designios, sinó la humildad. «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon», nos dice El mismo. ¡Oh divino Maestro; y cuan fácil y asequible es vuestra doctrina! A todos llamais, á todos invitais, aun á los mas pequeños. ¿Por qué no os siguen los hombres? ¿por qué no os sigo yo?

Jesús mio y Maestro mio: postrado me

teneis como María la hermana de Marta á vuestros pies, para escuchar de vuestros divinos labios los sublimes y á la par sencillos consejos de humildad y mansedumbre que me dais, con los continuos ejemplos de vuestra vida. Vasto campo para la contemplacion me ofrece vuestra sacratísima humanidad. Sean aquellos vuestros ejemplos mi constante estudio, porque este fue el camino por donde comenzaron los grandes santos. Imítelos yo, y con ellos á Vos en la virtud de la humildad; y seguro estoy, Señor mio, que si yo os busco en las humillaciones, os hallaré después tambien en la gloria que preparada y prometida teneis á vuestros discípulos, en cuyo número, Señor, os pido que me conteis. Amen.

Ahora se pedirá la gracia especial que se desee conseguir por esta Novena.

Tres veces *Padre nuestro, Ave - María y Gloria Patri;* y terminados, seguirá la oracion á San Bruno que está en la página 14.

DIA NOVENO.

Hecha la señal de la cruz, se dice el acto de contricion y luego la oracion al Padre Eterno, como en el dia primero (página 9); y terminada esta, se continúa el ejercicio propio del dia con la siguiente.

De la perseverancia y gloria de San Bruno.

CONSIDERACION. Hemos meditado en cada uno de los dias precedentes, alguna de aquellas virtudes en que, entre otras muchas, mas sobresalió el Santo fundador de la Cartuja. La Fe, que ilustra la razon con las verdades sobrenaturales reveladas por Dios, la Esperanza, que llena los deseos de la voluntad con la seguridad de alcanzar un bien que de presente no se tiene, y la Caridad, que trocando los deseos en afectos, se complace con la posesion del bien amado. El temor, que acerca á Dios, haciendo huir del peligro de perderle. La mortificacion, que espiritualiza al hombre suje-

tando los sentidos. La oracion, por la que el hombre se comunica con su Creador; y la contemplacion, que da entrada al espiritu en las elevadas regiones de la divinidad. Pero todas y cada una de estas virtudes necesitan ir acompañadas de otra que les sirve como de complemento, y es la perseverancia; porque escrito está que la corona no es para el que comienza, sinó para el que acaba. Aquella constancia y firmeza en el ejercicio de la virtud, tan seguras y arraigadas, que no hay medio alguno humano que haga retroceder en el camino comenzado al que la practica, es lo que da el triunfo. La perseverancia es la que aseguró la palma y la corona á tantos y tantos mártires como cuenta la Iglesia de Jesucristo. Ni los halagos y promesas, ni los tormentos mas crueles, ni la misma muerte, hicieron retroceder á aquellos ilustres campeones de la Fe. La perseverancia acompañó tambien á Bruno en toda su carrera, desde el principio hasta su fin. Bien pre-

sente tuvo aquella máxima del Salvador: que el que pone la mano en el arado, y vuelve la vista atrás, este no es apto para el reino de los Cielos. Su energía de carácter y fortaleza de ánimo las desplegó constantemente en no doblegar su voluntad, ni á los halagos de la carne, ni á los atractivos del mundo, ni á las instigaciones del maligno espiritu, á los cuales venció constantemente con la perseverancia en las virtudes. Por esto halló la justa recompensa al llegar al término de sus dias, recibiendo en la Gloria de manos de Dios el premio de su constante perseverancia.

AFECTOS Y RESOLUCIONES. Señor: veo lo muy necesaria que me es á mí tambien la virtud de la perseverancia; sin ella, de nada me aprovecharía el comenzar; pues si yo no prosigo en el camino comenzado, no llegaré al fin que me propongo, que es serviros y amaros en esta vida, y veros y gozaros en la otra. ¿Y quién me dará fuerzas para proseguir? Solo Vos, Señor, porque verdaderamente que sin vuestro

auxilio ni aun siquiera puedo pronunciar vuestro santísimo nombre. Por mi parte, Señor Dios mio, estoy dispuesto á perseverar; concededme el auxilio que necesito. Yo os ofrezco desde ahora los diferentes actos de cada virtud que pudiera hacer, para que me concedais la constancia en la misma virtud, ya que en la constante práctica de ellas está la perseverancia; y esto aunque me cueste esforzarme; pues ya se que el Reino de los Cielos lo teneis, Señor, prometido á los que se hacen violencia; pero como el medio mas eficaz para alcanzar todas las virtudes, es pedíroslas á Vos, á la oracion me acojo como medio segurísimo de conseguir la preciada virtud de la perseverancia. Así lo practicó nuestro Santo protector; y por estos medios espero, Dios mio, que me la concedereis á mí tambien.

Preciosa fue á los ojos de Dios la muerte de San Bruno. Durmióse en el Señor, en dichoso y apacible sueño, y desligada su alma de los lazos de la carne

voló á entrar de lleno en el gozo de la Gloria. Grande alegría debieron recibir los Angeles, Santo bendito, cuando os vieron entrar en el Cielo: mas luego os dirían: Amigo, subid mas alto. Lo mismo debieron deciros los Arcángeles, los Principados, las Potestades, las Virtudes, las Dominaciones y los Tronos, y aun los mismos Querubines. *Ascendit super querubim, et volavit super pennas ventorum.* Los Serafines os recibieron en su coro. Ahí, glorioso Santo, estais ardiendo en amor de Dios y gozando para siempre de su vista. Ahí estais recreándoos en el abismo de la esencia divina. Ahí, en el coro de los Serafines, resplandeceis entre otros esclarecidos Bienaventurados, como astro de gran magnitud. Glorioso Patriarca San Bruno, ruega por nosotros.

Mira ¡oh estrella brillantísima! desde esas alturas de tu gloria con favorable y benigna mirada, no solo á tus hijos, en los que vive aun tu espiritu de soledad, silencio, penitencia, oracion y contem-

placion elevadísima, con todas las demás virtudes de que estuvisteis adornado, sinó tambien á tus devotos, que, admirados de tanta luz como irradia tu clarísima santidad, pedimos tu intercesion á fin de alcanzar gracia para imitarte aquí en este suelo y después verte en la celestial Jerusalen. Divino Jesús, así sea.

Ahora se pedirá la gracia especial que se desee conseguir por esta Novena.

Tres veces *Padre nuestro*, *Ave-María y Gloria Patri;* y terminados, seguirá la oracion á San Bruno que está en la página 14.

La resolucion de este dia será hacer una sincera confesion y una fervorosa comunion como corona del Novenario.

Como final de los ejercicios del novenario, á continuacion de los Gozos del Santo, ó de la Letanía del mismo, que pueden decirse después de su oracion todos los dias, se añadirá en este dia último el siguiente Cántico, que se pone en latin, y á continuacion su traduccion en castellano.

DE SANCTO BRUNONE

CANTICUM (*).

Te Sanctum Brunonem laudamus.
Te Patronum piisimum confitemur.
Te amabilem Patrem omnis Carthusia veneratur.
Tibi omncs cellæ et universæ solitudines.
Tibi omnes filii Carthusiani incessabili voce proclamant:
Pater, Pater, Pater, ora pro nobis.
Plena est omnis terra boni odoris sanctitatis tuæ.
Te devotus Carthusianorum Chorus,
Te Eremitarum laudabilis numerus,
Te Anachoretarum candidatus laudat exercitus.
Te per orbem terrarum sancta laudat Ecclesia
Patrem eximiæ pietatis.

(*) Este himno está tomado de un libro que se imprimió en Valencia en 1624 bajo este título: «Fiestas que el convento de la Cartuja de Nuestra Señora de Porta-Cœli de Valencia hizo en 24 de Setiembre 1623 al Patriarca San Bruno y las que se hicieron en la Santa Metropolitana Iglesia de dicha Ciudad en 6 de Octubre del mismo año, etc.»

Laudandum tuum magnum et sanctissimum propositum.

Sancta quoque perpetua carnium abstinencia.

Tu exemplum penitentiæ.

Tu ad relinquendum seculum non horruisti solitudinis umbraculum.

Tu, devicto mundi aculeo, invenisti sequentibus te viam cœlorum.

Tu in regno Dei sedes.

Te ergo quæsumus, famulis tuis subveni, quos ad sodalicium tuum elegisti.

Æterna fac precibus tuis gloria numerarí.

Salvos fac filios tuos oratione iugi, et benedic posteritati tuæ.

Et rege eos, et conserva eos usque in æternum.

Per singulos dies deprecamur te.

Et in te laudamus nomen Dei in seculum, et in sæculum sæculi.

Dignare, Domne, die isto precibus tuis nos custodire.

Fiat salutifera protectio tua super nos, quemadmodum nos amasti.

In tuis ergo precibus speramus, ne confundamur in æternum.

(TRADUCCION).

CÁNTICO Á SAN BRUNO.

A tí, oh San Bruno, te alabamos.
A tí, protector piísimo, te confesamos.
A tí, amabilísimo Padre, toda la Orden cartujana te venera.
A tí todas las celdas y todas las soledades.
A tí todos tus hijos los Cartujos en incesantes voces te aclaman:
Padre, Padre, Padre, ruega por nosotros.
Llena está toda la tierra del buen olor de tu santidad.
A tí el devoto Coro de los Cartujos,
A tí la loable muchedumbre de los Eremitas,
A tí te alaba el brillante ejército de los Anacoretas.
A tí, por toda la redondez de la tierra, la Santa Iglesia te alaba.
Padre de exima piedad.
Digno de toda alabanza por tu grande y santísimo género de vida.
Y tambien por tu santa y perpetua abstinencia de carnes.
Tú, ejemplo de penitencia.
Tú, que, por dejar el siglo, no tuviste horror de ocultarte en las sombras de la soledad.

Tú, vencedor del mundo falaz, hallaste para los que te siguen el camino de los Cielos.

Tú, que estás sentado en el Reino de Dios.

A ti pues te rogamos que vengas en auxilio de tus siervos, aquellos que por compañeros tuyos elegiste.

Haz que por tus preces seamos contados entre los que merecen la gloria eterna.

Salva á tus hijos con tus constantes oraciones, y bendice á tu posteridad.

Y rígelos, y conservalos, hasta la vida eterna.

De dia en dia te invocaremos.

Y alabaremos en tí el santó nombre de Dios por los siglos, y por los siglos de los siglos.

Dignate, oh Santo, en este dia mediante tus preces custodiarnos.

Venga tu saludable proteccion sobre nosotros, ya que tanto nos amaste.

En tus oraciones pues esperamos, para no ser confundidos por toda una eternidad. Amen.

LETANÍA
A SAN BRUNO (*).

Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, óyenos.
Cristó, escúchanos.
Dios Padre Celestial.
Dios Hijo, Redentor del mundo,
Dios Espiritu Santo,
Santísima Trinidad, un solo Dios. } Ten misericordia de nosotros.

Santa María.
Santa Madre de Dios.
Santa Virgen de las Vírgenes.
San Bruno, Patriarca y fundador de la sagrada Orden de la Cartuja.
Amador de la Divina bondad.
Amador de la Ley divina.
Amador de la santa virtud.
Estrella brillantísita.
Columna del templo del Señor. } Ruega por nosotros.

(*) Está traducida esta Letanía de la que en italiano se halla en una Novena que, en portugués primero y traducida al italiano después, publicó el P. D. Victor Felicísimo Nabantino, Monje de la Cartuja de Evora en Portugal.

Consuelo de los Monges.
Doctor de los Doctores.
Excelente Discípulo de Jesucristo.
Ejemplar de Religiosos.
Fiel siervo de Dios.
Flor de los Eremitas.
Flor de los Santos Padres.
Fuente de sabiduría.
Guia de los Ermitaños.
Guia del camino celestial.
Justísimo reformador de costumbres.
Insigne Maestro de la Fe.
Luz y Espejo del Mundo.
Modelo de la Santa Virtud.
Muro firme de la Iglesia.
Noble castigador de los vicios.
Honor del Clero.
Honor de los Doctores.
Exactísimo Imitador de Cristo.
Patriarca de los Monjes.
Piedra preciosa.
Piisimo Pastor.
Predicador de Jesu-Cristo.
Señalado como sabio.
Restaurador del yermo.
Eremita sapientísimo.
Seguidor del Bien.
Defensor de la Justicia.

} Ruega por nosotros.

Teólogo consumado.
Varon amante de la Divinidad.
Varon de excelente probidad.
Varon de santa Religion.
Vaso de ciencia.
Verdadero Doctor.
Verdadero guardador del Evangelio.
Apoyo del Romano Pontífice.
Vencedor de las honras mundanas.
Celador de la honra de Dios.
} Ruega por nosetros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo. } Perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo. } Eseúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo. } Ten misericordia de nosotros.

℣. Ruega por nosotros, beatísimo Bruno.

℟. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

ANTÍFONA.

He aquí un gran Confesor. Como la estrella de la mañana en medio de las tinieblas, como luce la luna llena en su plenitud, y como sol resplandeciente, así brilla el Bienaventurado Bruno en el Templo de Dios.

ORACION.

Te rogamos, Señor, que por la intercesion de tu Confesor San Bruno, vengas eu nuestra ayuda; y ya que con nuestros graves pecados hemos ofendido tu Magestad, dígnate perdonarnos por sus méritos y oraciones. Por Cristo Señor nuestro, que contigo vive y reina en union del Espiritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

GOZOS Á SAN BRUNO.

Ardiendo en llamas de amor,
sois serafin encendido.
Dad, Bruno, de Dios querido,
al que os invoca favor.

—

Os vió Colonia nacer,
y tras candorosa infancia
ansioso volais á Francia
para en la ciencia ascender.
Con vuestra ciencia y virtud,
conquistais premio y loor.
Dad, Bruno, de Dios querido,
al que os invoca favor.

—

En Reims fuisteis Canciller
de sus famosas escuelas,
hermanando siempre en ellas
la humildad con el saber.
De sabios fuistes maestro,
y en toda virtud Doctor.
Dad, Bruno, de Dios querido,
al que os invoca favor.

—

La infausta condenacion
del maladado Raimundo
os decide á huir del mundo,
y encontrais la perfeccion.
Despreciais cargos y honores,
y está en Cristo vuestro amor.
Dad, Bruno, de Dios querido,
al que os invoca favor.

—

De Bruno y sus compañeros
tiene Hugo aviso cierto,
viendo bajar al desierto
siete brillantes luceros.
Siendo él todo para ellos,
Caudillo, Padre y Pastor.
Dad, Bruno, de Dios querido,
al que os invoca favor.

—

Vuestra contínua oracion,
ayuno y gran penitencia
os dan de Dios tal presencia,
tan alta contemplacion,
que el yermo poblais de gentes
y embalsama vuestro amor.
Dad, Bruno, de Dios querido,
al que os invoca favor.

—

La plegaria es tan ferviente,
que conmueve al mismo Cielo,
y en su virtud brota el suelo
clara y milagrosa fuente.
Así dais á vuestros hijos
prendas de infinito amor.
Dad, Bruno, de Dios querido,
al que os invoca favor.

—

Invicto atleta de Cristo,
gran lumbrera de su Iglesia,
de toda virtud y ciencia
vuestro celo es conocido,
luz y fuerza del Papado
y del sacerdocio honor.
Dad, Bruno, de Dios querido,
al que os invoca favor.

—

De muerte alevosa y fiera
libras al Conde Roger
¿qué tiene ya que temer
quien confiado en tí espera?
Quien se acoja á tal Patrono
deseche todo temor.
Dad, Bruno, de Dios querido,
al que os invoca favor.

—

Tu sepulcro milagroso
es probática piscina,
de todo mal medicina,
al que acude fervoroso.
Siempre te encuentra benigno
del desvalido el clamor.
Dad, Bruno, de Dios querido,
al que os invoca favor.

—

Pues con Jesús vencedor
me esperais en vuestro Empireo,
Dad, Bruno, de Dios querido,
al que os invoca favor.

℣. Exaltasti super terram habitationem ejus.
℟. Ut investigaret sapientiam in oratione sua.